



LA ESTIRPE DE TORDÓN

M^a Concepción Regueiro

Capítulo VII



VII

Otro cambio extraño era el aumento colosal de mi imaginación, cuando siempre había sido un persistente rasgo de mi carácter la ausencia absoluta de dicha capacidad. Sin embargo, el discurso largado a la administrativa del Colegio Mayor sobre unas investigaciones necesarias para un libro encargado por el propio Delegado Provincial resultó tan bien ideado que ella no mostró dudas sobre mi interés por datos de alumnos residentes en los años sesenta y se fue a buscar lo que aún quedaba en el archivo, previa advertencia de que la mayor parte del material se había llevado a los Archivos Centrales, un sitio más complicado quizás para probar mis subterfugios y al que ya había telefoneado con el pobre resultado de una negativa categórica sin el permiso concreto del Rector, un trámite que comprendía fracasado de antemano.

Por desgracia, el único documento superviviente de esa época que me interesó fue un cuaderno apaisado ya parte de la dieta de la polilla donde con letra barroca se habían apuntado nombres de alumnos y su situación respecto al pago de determinado material escolar en los años comprendidos



entre 1960 y 1965, posiblemente salvado por un extraño favor del destino, pues su valor administrativo era nulo desde hacía más de treinta años. Las memorias anuales de actividades eran la aburrida sucesión de fotos en blanco y negro de misas y obras de teatro editadas de forma narcisista que ya no interesaban a nadie. Ampliando mi excusa, conseguí convencerla de que me fotocopiase todo el listado, justificando mi solicitud en mi imposible condición de miembro del organismo educativo y, por tanto, merecedora de toda la ayuda que los trabajadores de aquel sitio me pudiesen prestar. De nuevo, la chica aceptó sin problemas.

-¿Aún no ha ido a hablar con doña Gertrudis? Seguro que ella le puede dar un millón de datos sobre este sitio -dijo mientras pasaba las últimas hojas sobre la máquina.

-No, es que mis compañeros no me facilitaron su dirección -contesté con una tranquilidad pasmosa como si supiese de quién me estaba hablando.

-Pues no tiene pérdida. Vive en el ático de la residencia de profesores. Justo al doblar la esquina - concluyó dándome las fotocopias en una carpetilla con el logotipo de la Universidad.

Ya en la calle, dudé entre seguir esa nueva pista o volver a mi casa y repasar con Carlos los nombres del listado, sin olvidar la posibilidad de buscarlos uno por uno en la guía telefónica, opción poco deseable pues eran más de



doscientos. No me encontraba muy bien, y me veía muy débil para nuevas gestiones. Deseaba con todas mis fuerzas tirar el maldito gorrito que cubría mi tan odiada calva y meter la cabeza bajo un chorro de agua para espabilarme, pero también se imponía aprovechar de inmediato todas las claves regaladas por el propio azar, así que fui donde la administrativa me había indicado y antes de cinco minutos me encontraba acomodada en el salón de doña Gertrudis mientras ésta preparaba un café.

-Me alegra que Educación se haya dignado a retomar las investigaciones sobre el Colegio -gritó desde la cocina-. Créame, a veces me siento como un bicho raro, predicando en el desierto.

Doña Gertrudis entró transportando con dificultad una bandeja con los servicios para las dos. Era una mujer bastante mayor y de aspecto monjil pero su actitud era realmente colaboradora, diría incluso que entusiasta. Seguramente, le encantaba ser de nuevo consultada sobre un tema que dominaba a la perfección y del que ya nadie le preguntaba.

-Ese Colegio Mayor vino a ser en la época de la República algo así como una sucursal regional de la Residencia de Estudiantes, ¿sabe? -explicó desde ese entusiasmo juvenil-. Hubiera sido un vivero de talentos increíble. Allí se llegaron a publicar tres números de una



revista: "Quevedo", donde estuvo de redactor-jefe quien después sería uno de los grandes de la literatura española en el exilio, Gustavo...

-En realidad, me interesaría saber algo de los años sesenta -interrumpí un tanto abruptamente en prevención de una declamación pormenorizada de su tesis-. Mi estudio vendría a ser una especie de estadística de varios años, y de esa época de la República hay bastantes datos -me justifiqué.

-No los suficientes, querida -protestó la anciana decepcionada-. Siguen cometándose demasiadas injusticias históricas con esa época. En fin, me temo que a partir de la Guerra Civil no le puedo ofrecer gran información. Tras la posguerra, el Colegio Mayor se convirtió en una suerte de hotel a pensión completa para niños ricos e hijos de cargos del régimen, nada que ver con los objetivos establecidos por el ministerio republicano para ese sitio. Es triste comprobar cómo se puede abandonar un ideal, ¿verdad? -sorbió un poco de café con una mirada melancólica-. Lo que es la vida, ya siendo toda una profesora asociada de la universidad tuve problemas hasta finales de los setenta para publicar mi estudio sobre el Colegio Mayor en la época republicana porque había una conspiración de silencio con aquella experiencia, como si hubiese sido un episodio bochornoso, sin embargo, la sarta de despropósitos vividos



en esa institución durante el régimen anterior serían para poner colorada a una figura de escayola. ¿Sabe?, yo tenía un topo dentro -confesó con voz pícaro-. Marcelino, el viejo portero, al que Dios tenga en su gloria, había empezado a trabajar allí a principios de los años treinta y había visto la evolución, mejor sería decir la involución, de ese sitio. Me llegaba escandalizado: que si uno de los directores empleaba el salón y sus servicios para dar fiestas privadas de su familia, que si el contable desfalcaba en el material, que si alumnos de la misma ciudad se iban a vivir allí por puro capricho porque los enchufaban sus familias sin importarles listas de espera ni nada... Un completo escándalo de gestión, y los pimpollos que allí estaban, otro tanto: un grupo de valientes masacrando a un desgraciado porque no les gustaba su aspecto, ya ve qué ejemplares, y pensar que de ahí saldrían los padres de la patria, que eso soy incapaz de olvidarlo..., chivatos de la Secreta sobre los movimientos estudiantiles que llevaban a la policía directamente a las reuniones clandestinas, hombres que después parecían demócratas de toda la vida y ahora son los primeros en portar las pancartas... La verdad, me parece un período patético olvidable, sobre todo porque escuece contemplar la panda de hipócritas que nos rodean. Hágame caso y céntrese en la época de la Segunda República, en eso puedo ayudarle en lo que necesite. Lo demás no vale la pena,



salvo que, como dice usted, se haga un estudio estadístico, para lo cual le recomiendo los archivos centrales de la Universidad, donde quizás podrá encontrar más información de ese estilo.

Comprendí que la anciana empezaba a cansarse de mi visita y, en realidad, yo no sabía en aquellos momentos por dónde enfocar mis dudas, así que agradecí sinceramente su colaboración y me levanté. Ella cogió una tarjeta de un cofrecillo y me la tendió cuando estábamos en la puerta.

-Insisto, estoy a su disposición para todo lo que necesite saber sobre el período de los años treinta. Ahí va mi número de teléfono. Estaré encantada de ayudarla -dijo con una franqueza de la que supongo se arrepintió cuando la llamé pasadas las diez de la noche. Por su tardanza en coger el auricular y su voz pastosa supuse que debía llevar un buen rato en la cama, acorde con el ritmo de sueño y vigilia de muchos ancianos, pero yo no estaba para esas valoraciones.

-¿Diga?

-Estuve hoy con usted. Soy la que hace el estudio del Colegio Mayor.

-Sí, ya recuerdo -masculló con dificultad-, ¿qué pasa?

-Usted me dijo que un grupo de chicos habían dado una paliza a otro por su aspecto ¿Recuerda algo sobre eso?

-¿Cómo?



-Ese viejo portero, ¿no le comentó nada en especial del chaval?

-Mujer, a estas horas, no recuerdo. Hace tanto tiempo... Espere, creo que...

-¿Sí?

-No sé, a lo mejor estoy mezclando cosas, a estas horas una no está en plenitud de facultades... -dijo como velada protesta-, pero creo que Marcelino me había comentado que era albino.

-Muchísimas gracias y perdone. Adiós -farfullé. Recuerdo que apreté tan fuerte los ojos que vi chispazos de luz. Sentía que mi presentimiento era cierto y que por fin había encontrado la pista de mi padre, pero los sucesos del último minuto aún me mantenían temblorosa, incapaz de decidir nuevas acciones.

Encendí la lamparita de la mesa del teléfono. El ancho marco de plata con la foto de Carlos y Pura en el Teide que la adornaba reflejó, al igual que el espejo del dormitorio, las púas blancas crecidas ese día bajo el gorro. Hasta ese momento había preferido guiarme por la luz del pasillo, pero la evidencia me seguía azotando, tal y como había hecho mientras me quitaba la ropa de la calle. Ese pelo que repentinamente me estaba saliendo no tenía nada que ver con las cabelleras conocidas, ni siquiera podía echar mano de la explicación de unas canas en reacción lógica a mi situación



de estrés. Se daba incluso la perplejidad esencial sobre su propia denominación como pelo. Mi cráneo estaba siendo invadido por una especie de pelusa alargada de un blanco intenso diferente a cualquier pilosidad humana, más cercana quizás a hilaturas de rucas ignotas, quizás a una telaraña producida por insectos de mis propios poros que habían esperado cuarenta años para tejer su trampa. Un ataque de histeria estuvo a punto de hacerme rasurar el engendro pero finalmente se acabó imponiendo mi serenidad habitual, en concreto, en el momento en que embadurnaba mi cabeza con la espuma de depilar para posteriormente pasar la maquinilla. Me propuse frenar esa visión de pesadilla no dejando nunca al descubierto mi cabeza, pero la calma regresó cuando por fin decidí mi siguiente paso. Éste pasaba por hablar con alguno de los alumnos de la paliza a quien ya determinaba como mi progenitor. Ya no me importaba tanto encontrarlo como posible donante. El cúmulo de anomalías de los últimos tiempos me obligaba a dar con quien me había cedido unos genes tan tarados, pues a él en concreto empezaba a culpabilizar de mis últimas desventuras. Por primera vez en mi vida, quería conocer a mi verdadero padre y hacerle una serie de preguntas, fuese quien fuese y estuviese como estuviese, y también por primera vez en mi vida contemplaba a mi madre como víctima de unas circunstancias y no como la irreflexiva que no merece el aire que respira. La leucemia



me parecía una pesadilla en proceso de olvido, más propia de una sensación de irrealidad que ni las marcas de mi torso ni ese nuevo pelo me provocaban.

Se imponía la búsqueda de los matones. Recordé lo mascullado por la anciana sobre padres de la patria y volví a leer las fotocopias en busca de alguien clasificable en esa categoría pero no me sonaba ningún nombre, aunque en esta ocasión Internet fue la herramienta eficaz y tras introducir bastantes apellidos el buscador me ofreció por fin varias entradas del Sr. Millar-Muñoz, senador por la provincia y perteneciente a una familia acomodada (negocios en astilleros, importación y unas cuantas cosas más y padre Procurador en las Cortes. Como había dicho Gertrudis, el residente habitual de aquella época en el Colegio Mayor). Aproveché la misma conexión para reservar un billete de avión a Madrid tras imprimir todo sobre aquel hombre. Las prisas me impedían reflexionar sobre la conveniencia de un viaje tan imprevisto.

Autora: M^a Concepción Regueiro Digón; Tui, Pontevedra, España.

***La estirpe de Tordón*, Capítulo VII. Novela publicada originalmente en el volumen de mismo título de la colección Libro Andrómeda – Ciencia Ficción, núm. 11.**

La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:



Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.